

consejo de amigos que entrarán en la combinación. Tú atacas (serás mi bala de cañón); nosotros salvamos al Presidente y te subimos. . . . Te vamos a levantar del lodo!

Esto último lo dijo el Inspector inclinándose como para recoger algo caído, luego se irguió cuan alto era, se ajustó más ceñida la *cordelière* de su bata granate.

—Señor, dice el Sr. Tecla que si puede entrar, manifestó Cándido asomando la faz.

—Tráele a éste una copa de anis del mono, dile a Tecla que espere y entiéndete por teléfono con la 5ª para que me llamen al Dr. Sergio (rarito! rarito!) y al practicante Carriles; digo el Dr. Carriles, recién recibido (vaya un chico listo!) Hay que hacerlos entrar en la combinación.

Aparte, con acento inspirado:

—También a Penequez! Ese me cargará el cañón.



XXIII.

CARRILES "SE RECIBE."

Era verdad. Carriles conjugaba en primera persona de indicativo el verbo reflexivo "recibirse." *Yo me recibiré, me recibo, me recibí.*—"Y qué? ¿Porqué *me recibí?*"—Porque di un salto mortal en la vida escolástica, y me recibí a mí mismo, sin aplastarme (virtualmente) el encéfalo! Vaya una auto-recepción!"

Sarcástico para los otros como para consigo mismo, el nuevo médico se complacía en recordar las tretas puestas en juego para salir airoso de su examen general. Fué la primera una recomendación del Inspector Velázquez para el Dr. Cariega, sinodal encumbrado; y no propiamente para Cariega, sino para su señora; y no directamente para la señora de Cariega, sino pa-

CAPITULO 4
CARRILES
U. A. N. 11

ra una amiga de una tía de la señora, la cual amiga le dijo a la tía que le dijera a la de Cariega que le dijera a su marido que él, Carriles, era un muchacho muy bueno, muy aplicado, muy pobre, muy simpático y otros *muy* que exigían una aprobación por unanimidad.

—¿Y Godinez?—“Duro de pelar” estaba este insigne autor de la *Patología Patriótica*. No quería aprobar sino a los que aprendiesen en su libro, y como Carriles había aprendido en otros, hubo de prevenir en su favor el ánimo del profesor con un artículo encomendado a un gacetilero amigo en que se encomiaba la *Patología* de Godinez (“gloria de la ciencia nacional”) y aun se la declaraba “superior en muchos puntos a los tratados de Dieulafoy, Ehrlich etc.”. Por supuesto que el articulito fué presentado por Carriles a un amigo de Godinez para que lo transmitiera al elogiado con dedicatoria subrepticia dando bien a entender que era Carriles el articulista.

En la prueba teórica, consistente en preguntas sueltas sobre la universalidad de las materias acentuó Carriles su admiración por la obra de Godinez. Como éste le preguntara si había visto casos de *nefritis intersticial*, el estudiante manifestó: “No he tenido oportunidad; pero puedo

decir que conozco bastante las nefritis intersticiales; las he estudiado en nuestro libro de texto.” Sólo faltó: “En su *Patología* de Ud., señor Godinez!”

Al recordar este rasgo, sentía Carriles los remordimientos de San Pedro después del cantagallo. . . . “Y yo, que le dije al perico que había que estudiar y examinarse, no según los autores, sino según la Naturaleza. Oh perico! merezco que me agobies con tu estribillo sempiterno “ánde, doctor!” Oh Naturaleza! Te he negado una vez! ¡Qué una vez! tres veces, cinco veces, porque todo mi examen fué un *disloque* pentagonal para halagar a cinco sinodales. . . .”

Así hablaba *in petto* Carriles, y ansioso de expansión fué más allá de sí mismo y del perico de la azotehuela. Fué a la Sección médica y derramó sus confidencias en el alma de su amigo Flon.

—Con que sí, Floncito, ya me recibí! Aquello fué un *disloque*. . . . En la prueba clínica ¿sabes cómo salí adelante?—Gracias a que me había preparado, afiliándome a la camarilla de Birján. Recordarás que Birján, a más de dirigir las partidas de pókar, dirige una camarilla quirúrgica. Alternativamente y en compañía, los afiliados cortan, pinzan, cloroforman o asisten de “mirones.” Es una sociedad de ataques o elogios.

CHAPLAIN ALBERT
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.

mutuos, según sopla el viento. De ordinario se destrozan disputándose los éxitos, imputándose las muertes. Pero se elogian cuando sienten sus intereses colectivos amagados por otra camarilla. Logré entrar a la de Birján, con el cargo de “barbero.”

—¿Cómo barbero?

—Sí, barbero universal. Ya sabes que en Cirugía hay que rasurar, no sólo barbas, sino otras regiones selváticas de ambos sexos. Me hice la mano rasurando pedazos de piel en perros y gatos. Conque un día, me ofrecí a rasurar la axila de una víctima quirúrgica de Birján; y lo hice tan aprisa y tan bien, en presencia del maestro, que me siguió encomendando el carguito. Me pagaban.....

—El que *la pagaba* era yo, interrumpió Flón; porque me dejabas tus guardias para irte a la raspa.....

—Me pagaban mal y tarde; pero quedé incrustado en el bloque.... Por lo cual, antes del examen en San Andrés, tuve con Birján una entrevista amistosa.—“Oiga, Carrilitos, me dijo, le voy a tirar un *cohete*.”—“Tíremelo, señor, le dije; pero con comodín, como en el pókar.” Se sonrió; estaba de buen humor. Supe después que acababa de ganar trescientos pesos en la roleta

de Tacubaya. Conque llegó la hora del “cohete,” y me dió a diagnosticar un pie con artritis complicadas....—¿Qué tiene ese pie?.... No quise yo *meterlo* ni meterme en honduras, y le respondí: “Este pie tiene un callo.” Se acordó del comodín.... ¡Como que tomaba yo lo más cómodo! y volvió á sonreír. “En efecto, dijo, hábleme Ud. de eso.” ¡Figúrate si me luciría! Le hice la histología, el diagnóstico, la etiología y el tratamiento de los callos.

—¿Y con Penequez? ¿Cómo te fué con Don Antón Penequez?

—Una ganga! Conseguí que lo metieran al jurado de examen, en lugar de Campillo ausente. Penequez es profesor suelto.... Supuse que me estaría agradecido, porque el otro día le llevé una cliente....

—Ah pícaro! ¿Una cliente para la Canoa? Algo sé.... Elvira Resendis.... Ha sido una ignominia!

Hízose el sordo Carriles sobre “la ignominia;” sólo observó a Flón que no debía lamentarlo. *Nada harían con ella los civiles*. Sólo se inclinaba a lo religioso.... Y siguió explicando la intervención irregular de Don Antón en la prueba clínica del examen general.

—Un maniático mayor el tal Penequez, con-

CHARRLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I. I.

tinuó, y a los maniáticos hay que explotarles las manías. Una de sus más inocentes consiste en ciertos diagnósticos y tratamientos inspirados por algún revistero yankee y que hace pasar por originales. La víspera de mi examen fué Penequez a San Andrés y se paseó por las salas olfateando casos clínicos. Alguno ha elegido para mí, me dije; y para descubrirlo me dirigí a una criadotá de sus confianzas que se llama Eduviges. “Le hice el oso” dándole la vaga ilusión de galanteos estrambóticos; y la abordé al entrar la noche por la ventana que da a la calle del Chirimoyo. Olía a pulque, lo cual me iluminó el camino a su corazón sensible. Después de las primeras de estilo, le ofrecí un vaso y apoyé mi oferta con una botella de fino Naucalpan que compré en la esquina.—“Eduviges, ¿qué hace tu amo el sabio Penequez?”—“Está en sus devaneos.—“¿Con qué *devana*?”—“Con vaso y jeringa. Bebe y se pica.” Comprendí que Penequez estaba entregado a su pasión por los nervinos intoxicantes. . . .—“Entonces ¿anda por las regiones espirituosas y etéreas?”—“*Pos* ¡quién sabe!”—“Lo sabes tú, graciosa Eduviges!”—“Sólo sé que se la pone y se queda lelo.”—“¡Tanto mejor para la gracia que Dios te ha dado y la que me vas a hacer! Le vas a preguntar”. . . .Adivina el resto.

Eduviges fué a preguntarle: “¿qué caso le va Ud. a dar mañana al estudiante Carriles?” y ella misma me trazó la respuesta de Penequez beodo: “Neumonía central.”

Un rayo de vívida luz iluminó mi cerebro de candidato al doctorado. Las neumonías centrales constituyen el caballo de batalla de Don Antón Penequez en las consultas graves y juntas morrocotudas. . . . Cuando hay algo oscuro en un tórax que se queja, saca a relucir su “neumonía central,” un foquito misterioso y recóndito que solo él acierta a descubrir y auscultar. . . . Una maravilla de diagnóstico; y el tratamiento. . . . otra maravilla. . . . el tratamiento *de los tres vinos*. Lo vas a oír. Me lo sopló Eduviges en la ventana. El soplido resonó al día siguiente en la prueba clínica del hospital de San Andrés.—“¿Qué le damos a ese neumónico central?” me preguntó Don Antón con voz cavernosa.—“*Intus, ab ore*, vino de quina; *intus, ab ano*, vino de sené; *extra*, en fricciones, vino aromático de Bilches, un farmacéutico, amigo de Penequez.

—¿Y qué dijo?

—¡Qué había de decir! Dijo “Bueno!” Me acordé de Molière: *Bene bene, doctore*.

—¡Qué inmundada farsa, la medicina mercante! exclamó Flon.

Los dos jóvenes discurrieron sobre la vanidad de las cosas médicas, con la vivacidad de sus veinte años y pico. Convinieron en que una cosa era la ciencia pura, muy admirable, y otra la manifestación *coram populo* en bombos y eriodísticos y clínicas caseras. En estos ejercicios hay "sofisticación." El médico sofisticaba la ciencia como el comerciante sofisticaba la alimentación, con comestibles y bebidas adulteradas, ricas de etiquetas. Existe de una parte el dolo del vendedor, de la otra la ilusión del comprador. ¿Hasta qué grado el vendedor de ciencia curativa puede también ser un iluso que engañe sin culpa? . . . Eso varía con los tiempos.

En los de Molière había más fe curativa, por lo mismo que había más ignorancia. El médico exponía desde su examen de recepción, una confianza ciega en que el ruibarbo purga (*facit purgare*) o en que el opio produce sueño (*facit dormire*) porque en aquel había *virtus purgativa* y en éste *virtus dormitiva*.

Las nuevas "capas médicas" no admiten *virtudes* inmutables en el sentido fatalista de la antigüedad. La Fisiología experimental les enseña que reina una extrema variabilidad en los efectos, ya de una pildora, ya de una incisión. En vano se ha distribuido en familias y grupos a la

humanidad doliente: sanguíneos, linfáticos, artríticos, etc. El hecho es que cada doliente conserva su individualismo (idiosincracia) frente a las Terapéuticas. Cada uno reacciona de modo particular bajo idéntico agente; el purgante de A es el vomitivo de B y el afrodisiaco de C. El opio produce sueño en uno, en otro excitación, en un tercero cefalalgia. El balance de la Terapéutica digestiva se salda con déficit enorme. Las dispepsias se agravan con la medicina. . . . Al fuego los antisépticos intestinales, los cloridrógenos y los anaclorídricos! El estómago, retorta viva, no se deja manipular como una de vidrio.

—Comedia! suspiró Carriles; pero su modo de afirmar la farsa difería de la de Flon. El alma sencilla de Pedro Flon la detestaba y la huía; Carriles la buscaba, sin cesar de despreciarla: quería él también tomar su disfraz en la mascarada galénica. Ya había fungido de comparsa antes de "recibirse." La comisaría le había permitido "dragonear," formarse una clientelita de tapadillo, con lesionados y colicantes de a veinticinco centavos "por la receta y la *medecina*." Unas veces en un rincón de la Sección solitaria, otras al borde de un petate, en cuartocho de vecindad, había "jugado al médico" Eso sí, muy honestamente, muy constitucionalmente, porque

CAPILLA SUPLENTE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U. I.

la Constitución de 57 le autorizaba a ejercer la Medicina sin preámbulos escolares—mientras no se demostrara (y quién lo demostraría?) el perjuicio de tercero.

—Conque ya sabes, Floncito, heme aquí de médico, *nemine discrepanti*. A ver si me heredas en mi plaza de número... tengo que renunciarla ó *me renuncian*, por incompatibilidad... Después de todo, lo siento, porque de aquí sacaba yo mis clientecitos y mis teniditas. Dragoneaba en regla, y dicen que en Medicina vale más dragonearla que ejercerla legalmente. ¡Adiós, guardias diurnas y nocturnas!

—Las que te hice gratis, sinvergüenza, interrumpió Flon.

—¡Adiós, amoníaco! continuó Carriles sin darse por reprochado. ¡Adiós, azotinas a los ebrios de sillón! ¡Adiós, sillón amarillo! ¡Adiós, tapanco; ¡Adiós, ratas del subsuelo!

Habría seguido inventariando la Sección en despedida elocuente, si no hubiera aparecido Cándido Cuéllar estirándose el bigote, con el aire pensativo, aunque sin pensar en nada, sólo por remedo involuntario de su amo.

—Señor Carriles: que esta tarde a las tres, en el Distrito. El Sr. Velázquez los espera a Ud. y al Dr. Sergio.



XXIV.

VELÁZQUEZ "COMPRENDE LA SITUACION."

Sergio y Carriles se encontraron aquella tarde en la antesala del despacho de Don Eduardo en la Inspección General. El médico de comisaría profesaba poco afecto a su practicante faltista. Sin embargo, le consideraba como un chico vivaracho, hábil para hacerse reemplazar en sus guardias por el pobre Flón, con motivos poderosos, como natalicios "improrogables," solemnidades "imprevistas," compromisos "ineludibles," etc. Exteriormente lo felicitó por su "recepción" e interiormente se felicitó a sí mismo de tener que reemplazarlo por otro practicante.

—Que pase el Dr. Sergio, dijo un ayudante. El Inspector estaba excitado, bajo la influencia de una comilona, en *tête-à-tête* amoroso con cierta Filomena de casa de citas. El *tête-à-tête* se había suspendido en lo más crítico, an-

Capitula Alfonso
U. A. N. 1.

tes de que Venus calmase los deseos del Inspector. El Gobernador le llamaba de urgencia. Regañó mal reprimido, porque no le podían encontrar mientras ardía “La Gloria de Neptuno.”— “Nada! Nada! un incendio de pulquería. Llamárala de petate. Y la culpa no era de él, sino de los bomberos. . . . ¿Y que por tan poco me hayan arrancado a Filomena?” concluyó, sentado en su despacho, poco antes de la aparición de Sergio.

Viéndole entrar, sintió la necesidad de calmarse; se desfogó con una de sus tiradas:

—Doctor Sergio ¿comprende Ud. la situación? En la vida todo el arte consiste en comprender una situación y obrar según ella. En el momento actual la Policía representa una gran fuerza, la única fuerza contra la masa pasiva. Ninguna masa más pasiva que la mexicana. . . . Por largo tiempo la manejó el ejército *trigarante*. Refundido por Santa-Anna, ese ejército zarandéó a la masa fluctuante entre “chincos” y “mochos.” En toda esa época se decía afuera que México era un país revolucionario, ¿Qué había de ser? . . . El pobre país era una gran recua. La revolución, la hacían unos cuatro o cinco mil pelafustanes tomados de leva por unos cuantos generales matasietes. . Hoy el ejército, bien acuartelado, no se mete en nada. Los

soldados duermen, los generales comen. . . . Están muy gordos esos generales. Ya no quieren más que retirarse al Depósito, cuidar sus *milpitas* y regarlas con un sueldo de trescientos pesos como inspectores de ferrocarriles. . . . que andan muy mal, por falta de inspección. Y lo que resulta es que la Policía lleva todo el *rejuego*. Es ella la que, en caso dado, se impondrá al país pasivo, sin necesidad de revólvers, a puro garrote. ¿Comprende Ud. la situación, señor Sergio?

—Bueno, y qué?—balbució perplejo el galeno.

—Sígame Ud. al hilo, doctor. . . . Si la Policía es una gran palanca, yo, su jefe directo, estoy abocado a formar un partido. ¿Será con los “científicos”? . . . ¿Qué científicos ni qué ojo de hacha! Son poetitas indigestos de positivismo y leguleyos que falsifican la legislación. Más que los poetas, los licenciados me revientan. . . . A comenzar (en voz baja) por mi Gobernador. Cierro es que unos y otros se necesitan para dorarle al pueblo las pildoras del Gobierno. . . . Pero yo pienso interpolarlos con médicos que las administran. . . . No se ofenda, doctor! Ud. es de los nuestros. Como médico de comisaría pertenece de hecho a la alta Policía. . . . Si se mete á la oposición de Medicina legal, trataré de que *se la lleve*. Puedo hacer valer grandes influencias.

Capítulo 4
El doctor
U. A. N. 111

Quiero contar con médicos licenciados, hombres a caballo sobre el código y la farmacopea....

—¿Y para qué?

—¿Para qué? Todavía no es tiempo. Más tarde se lo diré, cuando concrete mi pensamiento, vago todavía..... Bástele saber que se trata de un plan para asegurar el poder en favor del partido.

—¿Se trata de un plan revolucionario contra el General Díaz?

Velázquez saltó sobre su sillón, como si a través del cogín le hubieran pinchado una posadera.

—No diga Ud. semejante.... y suspendió la grosería.

—Otros, continuó, intentaron la burrada. Cuando los gonzalistas, en 84, sintieron que se les iba el poder, fraguaron matar a Don Porfirio. ¡Qué bárbaros! No comprendieron la situación ni comprendieron que hay hombres-locomotoras. ¡Sí que los hay! Llevan en el alma calderas de tensión extraordinaria, arrastran wagones de primera con clases dirigentes; de segunda, llenos de burguesía dinerista; de tercera, repletos de re-cuas pasivas; furgones de conveniencias, miedos, inercias.... Su velocidad propia se multiplica por la de todo el arrastre. Son arrollado-

res, aplastantes, el Estado hecho maza para aplastar la masa. ¿Comprende Ud. la situación? Don Porfirio es uno de esos hombres.... Hacerse montoncito para cerrarle la vía es ir derecho al aplastamiento. En vez de maquinari algo para arrebatarse el poder, hay que inventar medios de salvarlo. Sacrificaremos a algún pobre en un ataque de aparato. Lo salvamos. (No al pobre, sino al Caudillo.) Y salvándolo, nos posesionamos del poder, no por medios violentos, sino como verdaderos "científicos" por un sabio estratagema que nos asegure la predilección del Jefe salvado.... ¿Comprende Ud. ahora la situación?

Sergio emitió vagas respuestas, bosquejó actitudes de Cristo ante el tentador. Salió y entró Carriles.

Absorvido en la elaboración de sus planes, el Inspector acababa de coger un corta-papel de hueso. Lo empuñó con fuerza loca, mientras decía a Carriles en tono imperativo:

—Señor Carriles, ahora no se trata de llevar a una loca, sino a un loco. Va Ud. a la Segunda; allí Vicencio le entregará a Arnulfo Arroyo que está detenido. Siguiéron instrucciones, de las cuales resultó la escena siguiente.

CHAPULA SUBSISTENTE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I. I.



XXV.

UNA ESCENA DE MAGIA MÉDICA.

Consultorio del Dr. Hermundio.

(El Dr. Hermundio acaba una conversación telefónica con el Dr. Penequez.)

PENEQUEZ.—Allá te lo mando. Dale ideas rojas y negras.

HERMUNDIO.—¿Me pagarán? ¿Quién me pagará?

PENEQUEZ.—Pasas tu cuenta a Velázquez.

HERMUNDIO (solo).—Vaya un lío! Quieren fundar un partido con un hombre y una bomba. Y qué hombre! y qué bomba! El hombre sin conciencia, un borracho; la bomba "de mucho ruido y pocas nueces." Es la consigna. Los dos bofos. Y sin embargo, hay que plegarse.

(Pasan unos minutos, empleados por Hermun-

CAPILLA ALEJANDRO
UNIVERSITARIA
N. A. N. 11

dio en preparativos impresionistas. Y se presenta Arnulfo Arroyo conducido por Carriles. Este se retira.)

HERMUNDIO. Por aquí. (*Hace pasar a Arroyo rápidamente a través de los gabinetes azul y color de rosa, focos de impresiones dulces. En el gabinete rojo, lo sienta y le pasa la mano por el occipucio.*)

ARROYO.—¿De qué se trata? Yo no vengo a que me soben.

HERMUNDIO (*mostrando un foquito rojo.*) ¿Ves ese foco colorado?... colorado sangriento como todo lo que te rodea, paredes, cortinas, muebles. Míralo fijamente.... ¿Y no sientes, bajo estos efluvios rojos, despertarse en tu alma cóleras vivas contra la fatalidad, la ley, el poder, la riqueza, contra todo lo que tienes encima y te aplasta? ¿No sientes una sed?....

ARROYO.—Sí, mucha sed. Quisiera una copa.

HERMUNDIO (*aparte.*) ¿Qué voy a sugerirle a éste! Imposible! Lucho con su idea fija, su aspiración única, el alcohol. Vamos a otra prueba.... (*A Arroyo.*)—Por aquí! (*Lo introduce al gabinete negro. Lo pone en presencia de una proyección en que el Creador, con la esfera mundial en la siniestra, tiende la diestra sobre el caos.*)

HERMUNDIO.—Míralo! Es Dios luchando con

la Nada. Como él lanza el mundo, así tú la bomba.

ARROYO.—¡Qué bomba!... Lo que hay es una trompada al aire. Así se arregla el mundo, a trompadas.

Y Arnulfo hendió con el puño la tiniebla del gabinete negro.

CRISTINA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.